

El pensar técnico: del pensamiento clásico al moderno

Juan Romano

El filósofo clásico, griego o medieval, distinguía entre las perspectivas teórica, «práctica» y técnica o productiva. Desde la *primera*, la inteligencia se proponía explicar la realidad, lo que es, en un sistema de proposiciones conexas desde la evidencia de los axiomas y sirviéndose de la lógica. La finalidad era saber, explicar la estructura y leyes del objeto del conocimiento. La *perspectiva práctica* se refería al estudio del obrar humano *qua humano*, de la acción justa o injusta, y abarcaba toda la reflexión moral y su culminación en la Política.

Como el concepto de «naturaleza» se mantenía en el nivel metafísico definiéndosela como «el principio del movimiento hacia el fin», que tenía como ideal congénito, la aclaración sobre el obrar humano se intercalaba con sentido entre estos dos polos: naturaleza y fin, inscripto en el dinamismo de aquélla. Y en este campo se ubicaba la Ética.

Por último, la *perspectiva técnica o del hacer* tenía que ver con los conocimientos de base que le proporcionaba el saber teórico, del que se desprendían regulaciones para la elaboración, de acuerdo con un parámetro de eficacia artificial, imitadora de la naturaleza. En este sentido, ya Aristóteles había considerado a la naturaleza como un principio inmanente, que actúa en el mismo ser en que reside, y a la técnica como principio organizador desde el exterior¹, pero en ambos había finalidad, que es más perfecta en la naturaleza que en el arte.

Tanto el dominio de «lo práctico» como «de lo técnico» se diferenciaban «del teórico» por cuanto en aquéllos no se trataba sólo de entender un objeto que ya es, sino de uno que hay que realizar y que por lo tanto desde el vamos es

esencialmente realizable. Y la realización era el banco de prueba de que se poseía ese conocimiento. La elaboración medieval de esta epistemología dejó en claro que una ciencia práctica² tiene tres grados de profundización: en *primer lugar*, lo es desde el comienzo porque su objeto es un «operable», no un «cognoscible». En *segundo lugar*, ese operable debe actuar como fin y en *tercer lugar* debe lográrselo, es decir de fin intentado pasar a fin obtenido. Según estos tres grados la ciencia práctica era, respectivamente, «materialmente» práctica, *formalmente* práctica y *perfectamente* práctica. Así el estudiante de medicina, mientras estudia estaría en el primer estadio, a medida que «practica», y no se limita a estudiar anatomía o fisiología, cumple con el segundo y cuando pueda operar como cirujano o curar estaría en el tercer estadio, un médico «teórico» es una «contradictio in terminis», pero también un botánico o matemático prácticos.

Así la ciencia práctica *stricto sensu*, o sea la Ética, no se plantea sólo qué es un acto justo, sino de qué depende su concreción en una situación dada, teniendo en cuenta una deducción desde los fines de la naturaleza humana, que hacen las veces de los principios o axiomas de las ciencias teóricas.

En cuanto a lo técnico, entendía asimismo que un electricista no lo es porque nos explique qué es la electricidad o el tablero eléctrico, sino el que sabe arreglarlo si se descompone o nos devuelve la luz.

Y así como no confundía un problema teórico con uno «práctico», tampoco confundía un problema técnico con uno «práctico», pues éste tenía que ver con una investigación de los actos humanos o de los actos que nos hacen humanos y en última instancia contribuyen a la construcción de una sociedad o convivencia presidida por la justicia y el técnico es meramente instrumental y en orden a eficacias parciales y las más de las veces ciegas.

Tampoco exigía la apodicticidad en todos los saberes. La limitaba al saber teórico y según grados de profundización en el objeto, o sea, en el nivel físico, matemático o metafísico.

Pero sabemos que estos dominios bien deslindados se fueron confundiendo con los cambios y crisis producidos tanto en el seno de la filosofía como en el de la ciencia.

Cuando hoy decimos «teoría», no decimos «episteme». Mantenemos sí que se trata de saber, de conocer las leyes o estructura de un objeto real o no. Pero ha caído la apodicticidad de los axiomas que fueron sustituidos por «postulados» y como dice R. Blanché todas las axiomáticas deberían llamarse más bien «postuláticas».

El método más seguro que posee hoy la ciencia es el hipotético-deductivo (que ha sustituido al apodíctico deductivo o demostración estricta) síntesis del método deductivo o progresivo, incluyendo el constructivo-matemático, y el antiguo método regresivo o analítico, empleado en física por Newton y extendido a otros dominios y que campeó en todo el siglo XVIII. La *Fundamentación de la metafísica de las costumbres* de Kant es un ejemplo notable y paradigmático y el *Leviatán* de Hobbes, otro.

De todas maneras, sea que nuestras explicaciones teóricas sigan el modelo de la «caja negra» o de la «caja transparente», siempre les exigiremos verificaciones, tratándose de ciencias de lo real; una correspondencia entre los términos «teóricos» y los «observacionales».

Pero en general el convencimiento del moderno frente al clásico, al menos en una porción grande de los epistemólogos, es que los enunciados no se verifican porque son verdaderos, sino que son verdaderos porque se verifican.

Sin embargo aun esto no supone de ningún modo una única posición epistemológica sobre el valor y alcance de la explicación científica, que va desde el convencionalismo poincariano, pasando por el instrumentalismo, hasta el realismo de las leyes. Recordando el ideal aristotélico, diríamos que la ciencia moderna no coincide tanto con el Aristóteles de los *Segundos Analíticos*, sino

más bien con el de los *Tópicos* y las *Refutaciones Sofísticas*, en que analiza los razonamientos dialécticos, esto es con premisas probables. Y por tanto desde el punto de vista no tanto de la categoría de relación, cuanto de la modalidad, esos razonamientos son *problemáticos* porque lo son sus premisas y por ende el conocimiento que nos proporcionan vale tanto cuanto podamos sostenerlos sin contradicción o sin falsificación experimental.

No contradicción o coherencia primero en el plano sintáctico y luego si podemos encontrar ejemplos, consistencia semántica, al tener un modelo.

La historia de la filosofía y de la ciencia permiten comprender el proceso y el cambio de los enfoques metafísicos y epistemológicos. Es oportuno señalar algunos hitos capitales. *En primer lugar*, el conceptualismo de Occam en el siglo XLV cuestiona toda la metafísica medieval en sus distintas variantes: agustiniana, tomista o escotista.

Epistemológicamente, el «concepto» occamista es *signo natural* que sustituye a una colección de individuos, únicos, diversos, aunque semejantes. El «abstracto» occamista desmiente su etimología que no recoge ningún momento objetivo del ser singular en el cual no caben distinciones de ninguna especie, ni reales ni lógicas, ya que para Occam sólo son distintas las cosas que se separan o se ofrecen separadas.

El concepto, signo natural, es un «*fictum*», no en el sentido de ficción arbitraria, sino de construcción lógica inevitable. Ese sistema de conceptos así entendidos constituye en rigor la metafísica occamista, con lo que tenemos una identificación de metafísica y lógica.

La posición de Occam deja una ambigüedad ya que en ella están en ciernes o el giro posterior kantiano de una lógica transcendental que no podía atisbar en su tiempo o decididamente hacer valer todo el sistema de conceptos, no como meros signos, sino como representativos de lo real, en una cobertura total

y dentro de la inmanencia del sujeto absoluto, y así preanuncia a Hegel que no hace sino, mediando Descartes, llevar el Logos al Sujeto pensante para tener toda la ontología.

Pero el Occam «epistemológico» nos dirá que sólo podemos conocer los singulares por los sentidos y la intuición intelectual de su existencia, y la ciencia será luego tarea verificativa que se hace evidente por el discurso.

Un poco más tarde Bacon considerará estériles, como las vírgenes, a las causas finales y ratificará ese ideal occamista con más claridad diciendo que: «*Veritatem enim per operum indicationem magis quam ex argumentatione aut etiam ex sensu et patefieri et probari*». (Cogitata et visa).

Avanzado el siglo XVII la naturaleza no es ya más la Phüsis, ahora será «Cosmos» o «Todo ordenado». Lo permanente serán sus leyes, explicables y traducibles matemáticamente.

Esta revolución científica del siglo XVII se inició con el genio de Galileo que puede presentar pruebas como astrofísico, cosa que no podía hacer Copérnico provisto de sólo un modelo matemático, se continuó con Kepler y otros y culminó con Newton con su mecánica racional cuyos principios subsumían las leyes galileanas y keplerianas.

Simultáneamente se producía un cambio de actitud del hombre de ciencia frente a la naturaleza cuyos mecanismos se investigan. Conocer no es especular, contemplar las estructuras del Ser. Conocer es producir, comprobar efectos y resultados en y de la naturaleza, operando sobre ella, y advirtiendo la relación de este conocimiento con el poder.

Centrados en la subjetividad que iniciaba el racionalismo, lo que en el fondo estaba confirmando o no es nuestro poder. No tenemos tanto un interés en saber «lo que es», –en todo caso todo lo que se piensa clara y distintamente es también

la realidad—, sino en saber qué podemos hacer, lograr, producir, valiéndonos de las leyes mismas de la naturaleza.

La esfera técnica será una aplicación de las leyes teóricas, una extensión y no tiene ninguna regulación sobre sí. Con el tiempo comprender algo es hacernos una idea técnica de sus mecanismos, sea ese algo un objeto natural, un hombre o la misma sociedad. Pronto entonces el conocimiento se alojará en psicotécnicos y socio-técnicos e ingenieros sociales proyectarán y restaurarán sociedades. El gabinete psicopedagógico a menudo es el nuevo confesionario, psicólogos y consejeros son los nuevos confesores que permiten al «paciente» devolverlo «adaptado» al sistema. Nuevamente tenemos una extrapolación ideológica, porque una cosa es la adaptación a la naturaleza y otra a las instituciones sociales. Por la confusión o reducción de las dimensiones teórica, práctica y técnica un problema moral pierde su naturaleza de tal y pasa a encararse desde la técnica y como ésta dependía de lo teórico, al substituirse la dimensión ética de la acción humana, nos encontramos con la equivalencia y confusión de *ciencia aplicada* y *ciencia práctica*.

Esto equivaldría a que si conociésemos todos los mecanismos de la digestión, comeríamos todos bien o en educación si recurrimos a la Biología, Psicología, Sociología, etc., entonces sabremos qué es educar, qué enseñar y para qué.

En el terreno filosófico, gran parte de la filosofía analítica ejemplariza esta mentalidad. El filósofo no es invitado a la mesa del saber de realidades, sino que se le asignan funciones de supervisión y fiscalización del lenguaje científico u ordinario, un logoterapeuta. Los encargados de dar explicaciones de la realidad son solamente los científicos-técnicos.

Dejados todos los problemas en manos del pensar técnico, se ha comprobado pronto que perduran y se agravan, ya que para rectificar una técnica ineficaz, o que produce un perjuicio, se apelará a una contratécnica y,

ante su radical incapacidad de atención a la totalidad, por su propia perspectiva parcial de eficacia, ¿cabe una superación de la dialéctica de sus desbordes y contradicciones en su inmanencia?

La dimensión perdida de la ética se intentó recuperarla desde la axiología a fin de justificar la esfera del «debe ser» estético, moral, jurídico, etc. Pero los supuestos de la filosofía moderna a partir de Kant siguieron por lo menos dos direcciones posibles: o fundamentar esa axiología dentro de una lógica trascendental, como lo hizo el neokantismo, o tratando de escapar del idealismo kantiano, establecer una esfera de valores vía fenomenológica como lo hace Max Scheler, entre otros, apelando a la intuición.

La relatividad y subjetividad de todos esos precintos axiológicos no generan una aprobación universal para regular los desafueros del pensar técnico, que prefiere autoregularse.

En este último tramo del siglo XX «termina» la modernidad, termina en el sentido de que finiquita, o sea se ven agotados y sin salida sus supuestos; pero «termina» también en el sentido de que se completaron teórica y técnicamente sus supuestos.

Ante la amenaza planetaria producida por el ambiente social y artificial creado por el hombre alterando el medio natural, se apela a la ecología gritando el valor de la vida y del ambiente que necesita no contaminado para que perdure. Pero este grito e ideal desesperado que quiere llenar el vacío de lo sagrado, dejado por la desacralización de la naturaleza, no atina a salvar no ya «a la vida», ni siquiera a «vidas concretas, singulares, como hombres y niños de Ruanda y Burgundi».

Si alguna cruzada medieval fue criticada y con razón por haber sacrificado a niños bajo las cimitarras musulmanas ¿qué pueden decir nuestros modernos iluministas de estos genocidios que podrían evitarse y de tantos millones de

niños que mueren por falta de alimentos o carencia de simples y económicas vacunas, teniendo los medios para evitarlo?

Con su consumación, el siglo XX simultáneamente termina y culmina con todas sus contradicciones como en una coda sinfónica: caridad cristiana e injusticia cristiana, igualdad formal y desigualdad real económica, respeto a la naturaleza y polución y agotamiento de sus recursos, prolongación del promedio de vida y desquicio de esas mismas vidas por el estrés y el sin sentido existencial, fraternidad y libertad burguesas, slogans de la Revolución Francesa, y Darwinismo social, con la supervivencia del más «apto», defensa de la niñez y difusión de la droga por un narcotráfico infiltrado hasta en los propios gobiernos.

Recordando la reflexión de que la guerra es cosa demasiado seria para dejársela a los militares, el pensar lo humano es demasiado serio para dejárselo a los técnicos.

Por eso en el anochecer del pensar técnico es cuando levanta vuelo el Ave de Minerva³.

Notas

¹ Metaf., A 3,1070 a 7-8: [ἡ μὲν οὖν τεχνη ἀφξη ἐν ἄλλῳ, ἡ δὲ φυσικὴ ἀφξη ἐν αὐτῷ.]

² Aquí “práctica” la tomamos en un sentido amplio abarcando tanto la esfera del obrar como la del hacer o técnica.

³ Nos apropiarnos de la reflexión de Hegel, pero sin su conocido significado de advenimiento de la filosofía después que la realidad esta cumplida.